

huahua sino hasta el último momento, y como el enemigo todavía tardó más de un mes en llegar, hubo tiempo para que el Presidente, sus ministros y los immaculados hicieran tranquilamente sus maletas, saliendo el 5 de Agosto en plena luz del día, despedidos con lágrimas por los chihuahuenses que tan honrados se consideraban con tener en su ciudad á los Supremos Poderes.

El general Ojinaga, gobernador y comandante militar del Estado, acompañó á Juárez algunas leguas, dejándole una escolta de cien hombres para su resguardo.

El día 16 de Agosto de 1865 hubo un repique simultáneo en todas las capitales, comenzando por la del imperio, y apareció en letras gordas en las esquinas en grandes carteles, la siguiente noticia comunicada por telégrafo:

• Ayer ocupé á Chihuahua sin resistencia. Juárez va huyendo con unos cuantos para la frontera. — Brincourt •



CAPITULO LVIII.

El guerrillero.

A mediados del año de 1866 se celebraba una boda de gente humilde en un poblado más humilde todavía, que se encontraba por aquel entonces en un punto de la costa llamada San Sebastián, cuyo pueblo desapareció, corriendo los años, á causa de un incendio.

En la misma plaza se había levantado una tienda formada de hojas de palmeras muy verdes y muy frescas, y abajo se había puesto una tarima para los bailadores. Al rededor de esta tarima, que era grande, había unas cuantas sillas para el cura y sus parroquianos, pues que los demás concurrentes no necesitaban asientos porque sólo estaban acostumbrados á sentarse en cuclillas.

Una vez terminada la comida á las cinco de la tarde, comenzó el baile, acompañado de cantadoras, de modo que además del redoble sobre la tarima que podía oírse á

una legua de distancia, el ruido se aumentaba con lo que aquellas gentes llamaban música y con lo que con menos razón todavía llamaban canto.

La música se componía de dos guitarras, un tambor y una flauta, y las canciones eran unas que se llamaban la *justicia*, la *valona* y el *terendengue*, y el canto lo desempeñaban dos hombres y dos mujeres, haciendo éstas lo que llamaban la *primera* y aquellos echando la *segunda*; pero con todo y ser primeras y segundas, tenían muy frecuentes y grandes destemplanzas.

Como en la esquina de la placita había una tienda en que se vendía aguardiente de caña y vino mezcal de Tuxcacuezco, se veían agrupados en las dos puertas más de veinte ginetes que *raspaban* en los caballos, esto es, provocaban sus bríos para que se movieran con violencia, y muchas veces las salidas eran tan fuertes, que iban á dar hasta encima de los concurrentes al *mariachi*, que este era el nombre de aquellos fandangos, resultando riñas que á duras penas podían calmar el alcalde y los novios, secundados por los pacíficos, habiéndose conseguido ya, lo cual era mucho, que no salieran á relucir los machetes mientras duró la luz de la tarde.

Pero como no sólo se bebía en la tienda, sino que también entre los bailadores y la gente de la reunión circulaban á cada momento las botellas de aguardiente, cuando llegó la noche y se encendieron las luminarias y las fogatas con leña de ocote en derredor de la tienda, ya la alegría había llegado á su colmo, y el baile, más que baile parecía un tumulto en que estaban las parejas formando una masa compacta de carne humana, sudorosa y pateando con verdadero encarnizamiento sobre la tarima.

Casi en las afueras de la población había unos corra-

les con varios cuartos á que le daban el nombre de mesón y que servía de posada á los arrieros y caminantes.

Al oscurecer habían llegado dos ginetes, al parecer muy fatigados tanto ellos como sus cabalgaduras, éstas no de muy buena estampa por cierto. Pidieron al mesonero un cuarto para ellos y una caballeriza para sus caballos, de los cuales se ocuparon preferentemente, cuidando de que se les diera agua después de paseados y buenas pasturas.

Luego que dejaron á sus animales bien instalados, se fueron á ocupar su cuarto, muy desmantelado porque apenas tenía dos muebles con cierta figura de camas que llamaban allí *tapeixtes*, formadas por un cuadro de madera que sostenía un cuero de res sobre cuatro leños que servían de patas, sin ninguna otra vastimenta. También había dos bancos de tres piés y otro banco más grande con un candelero de barro y una vela de sebo. No había más.

Los viajeros, por su parte, no llevaban más equipaje que sus sillas de montar que pusieron en un rincón y unas pequeñas maletas amarradas en las mismas sillas. Ambos tenían como únicas armas sus pistolas en el cinto, cosa que no era de llamar la atención, porque en esos tiempos todos los viandantes andaban armados.

Se disponían á tenderse sobre los cueros que formaban las camas para descansar, cuando uno de ellos asomándose á la puerta y fijando la atención, dijo al otro:

—¿Oyes?

—¿Qué cosa?

—Un ruido extraño como el de las olas entrechocándose.

—Sí, se está oyendo un ruido extraño, ¿qué será?

A ese tiempo pasó el mesonero y se lo preguntaron.

—Es el *mariachi*, les contestó.

—¿El mariachi?

—Sí, una boda.

—¿De modo que están bailando?

—Sí, lo que se oye es el baile.

—¿En dónde está?

—Aquí cerca, en la plaza.

—¿Vamos á ver?

—Vamos, contestó el compañero.

Apagaron la vela, cerraron el cuarto que tenía una mala llave y se fueron ambos muy festejosos á ver el baile.

No hacía cinco minutos que se habían desprendido del mesón, cuando llegaron al mismo por rumbo opuesto otros dos viajeros que hicieron exactamente lo mismo que los anteriores.

De manera que á eso de las diez de la noche, se encontraban los cuatro jinetes pie á tierra, con sus pistolas ceñidas, dos en un lado y los otros dos en el opuesto de la enramada, muy entretenidos contemplando aquel espectáculo, nuevo para ellos, según podía notarse por sus exclamaciones y por las risas que les provocaba.

De repente, en uno de los dos grupos, casualmente en el de los que habían llegado primero, se oyó una palabra, casi como un grito de sorpresa.

—¿Será posible?

—¿Qué?

—Mira.

—¿Qué hay?

—Sigue la dirección de mi dedo. ¿Quiénes son aquellos que están enfrente?

Entonces el segundo fué el que gritó sin que le importara que lo oyeran las gentes que estaban cerca:

—¡Son Tapia y Montero! Si parece una alucinación.

Dió la casualidad de que los designados con esos nombres también se fijaran en esos momentos en los de este grupo, manifestando sorpresa, y unos y otros, como impelidos por una fuerza magnética, corrieron á encontrarse.

—¡Robles!

—¡Velázquez!

—¡Montero!

—¡Tapia!

Pronunciaron estos nombres con efusión y los cuatro se dieron repetidos abrazos.

—Vamos á la posada, dijo uno de ellos luego que terminaron las efusiones.

—Vamos, contestaron los otros tres.

Y los cuatro se fueron refiriendo los motivos por qué se encontraban allí á aquellas horas, tan lejos de las operaciones de la guerra.

La explicación que fué muy larga, y que nosotros la daremos en extracto, fué muy sencilla.

Robles y Velázquez, que constantemente habían militado con el general Arteaga, habiéndole acompañado en todas sus rudas campañas, estaban dispersos después de la derrota y captura de aquel, habiendo sabido, cuando trataban de buscarlo para incorporarse con él que había sido fusilado juntamente con el general Salazar y otros jefes, y estando interceptados por el enemigo todos los caminos del Interior, habían considerado más seguro y más prudente tomar una senda inclinada á la costa, para ir á reunirse con el general Corona que, según habían sabido,

era de los pocos caudillos que quedaban en pié, haciendo una guerra encarnizada á los franceses.

Montero y Tapia al contrario, habían seguido en el ejército que mandaba el general Negrete, y después de todas las peripecias que aquel sufrió, después de atravesar desiertos y sufrir mil calamidades, habían estado en Chihuahua con los Supremos Poderes, habían estado con su cuerpo en la acción desgraciada de Majoma y en otras muchas en que los habían hecho trizas los franceses, y venciendo mil dificultades habían conseguido atravesar el Estado de Durango completamente lleno de enemigos y sin poder ya ni seguir á sus jefes ni al gobierno, habían resuelto irse á Michoacán en donde sabían que hacían una campaña tan resuelta como fructuosa Arteaga, Salazar, Pueblita, Régules, y Riva Palacio, con quienes irían á reunirse en caso de que en Jalisco no hubiera ninguna fuerza republicana organizada á la que pudieran ofrecer sus servicios.

—De modo que tan desorientados andamos unos como otros, dijo Robles alegremente.

—Pero al fin nos hemos reunido, contestó Tapia.

—¡Y estamos vivos los cuatro! exclamó Velázquez

—Pero no me canso de admirarme de esta gran chiripa que hemos tenido, dijo el otro oficial, de esta increíble casualidad de encontrarnos en este rincón de la República.

—De veras que si creyéramos en milagros, diríamos que este es uno de los más patentes.

—¡Quién había de esperarlo!

—¡Ni por sueños!

Tode esto y algo más lo estuvieron diciendo ya en el

mesón en uno de los cuartos, **sentados** en sus banquillos y en torno del que contenía el **candelero** de barro y la vela de sebo, hasta que las de los **dos** cuartos se extinguieron completamente.

Cuando los cuatro, **vencidos** más por el cansancio y por las emociones que por el **sueño**, estaban dormidos profundamente, á eso de las tres de la mañana casi todos á la vez se despertaron **sobresaltados** al oír un estrépito infernal en el mesón, formado por el andar de muchos caballos con herraduras, por el **ruido** de los sables y por los denuestos y palabras **soeces** que decían muchas personas al mismo tiempo.

—Es una tropa, dijo Velázquez á su compañero.

—Sí, no cabe duda, son **como** sesenta ó cien hombres de caballería.

—Y lo peor es, agregó el **primero**, que no podemos reunirnos con Tapia y con **Montero** porque están en un cuarto de enfrente.

—Sí, los cuatro juntos **podríamos** acordar algo, y cuando menos vender caras nuestras vidas.

Los otros estaban, poco **más** ó menos, haciendo las mismas reflexiones.

—Lo mejor es esperar á **que** se presente una coyuntura de escaparnos, dijo Robles.

Los del cuarto fronterizo **dijeron** lo mismo, empuñando, por vía de precaución, **sus** pistolas.

Después de más de media **hora** de mucho movimiento en el mesón, poco á poco **fué** cesando, hasta quedar extinguido el ruido de espuelas y de caballos completamente.

Entonces llegó **distintamente** á los oídos de los cuatro oficiales otro ruido, y era **el** de la boda, cuya mú-

sica, canto y patadas continuaban con la mayor animación.

—Quizás es una acordada, dijo Tapia á su compañero, y siendo soldados voluntarios todos se han ido al fandango.

De la misma opinión fueron Velázquez y Robles en el otro cuarto.

En consecuencia, si todos se habían ido dejando las armas y las sillas encerradas bajo la custodia de un vigilante, era el momento de poder escapar, y casi á la vez jugaron las llaves en las cerraduras de los dos cuartos.

Apenas comenzaban los oficiales á abrir sus respectivas puertas, cuando sintieron que ambas fueron empujadas con violencia, entrando varios hombres que les pusieron los mosquetes en el pecho á cada uno de ellos, diciéndoles los asaltantes:

—Ríndanse ustedes, tales.

En esos momentos entraron otros cinco hombres montados que habían ido á buscar pústuras y todos prepararon sus mosquetes.

Los cuatro oficiales que no tenían ya las pistolas empuñadas, sino metidas en las fundas, tuvieron que rendirse.

La escena era alumbrada por los primeros albores de la mañana y por los pequeños resplandores de una hacha encendida que había en las caballerizas lejanas.

—¿Quién es el jefe de esta fuerza? preguntó Robles.

—Allí viene, le contestaron designándole á un hombre joven que apareció en el patio con sombrero galoneado y chaqueta gris, acompañado de dos individuos también armados.

El joven aquel, quien desde luego tenía todas las



—Ríndanse ustedes todos.

trazas de ser un guerrillero, aunque lo mismo podía ser un jefe de acordada ó de una cuadrilla de bandoleros, el comandante de aquella fuerza se adelantó pues hacia donde estaban Robles y sus compañeros, y después de saludarlos políticamente, les dijo:

—¿Quiénes son ustedes?

—Nosotros somos unos comerciantes que vamos al Manzanillo, contestó Velázquez adelantándose.

El joven comandante se quedó mirándolo de arriba á abajo y le dijo luego:

—Ustedes son oficiales, según los informes que me han dado los exploradores que los han venido siguiendo, ¿á qué partido pertenecen?

Robles y Velázquez comprendieron que de aquella respuesta estaba pendiente el hilo de sus vidas, y se vieron uno á otro sin saber qué responder; pero como al mismo tiempo el joven guerrillero dió una patada en el suelo con impaciencia, Robles dijo resueltamente:

—Ya sabemos que hemos caído en poder del enemigo, así es que podemos evitar explicaciones: mándenos usted fusilar.

—¿Entonces son ustedes oficiales imperialistas?

—Somos republicanos, somos oficiales dispersos.

—Bajen ustedes esas armas, dijo el comandante á sus soldados, y luego dirigiéndose á los prisioneros:

—¿Pueden ustedes justificar que pertenecen al ejército republicano?

—Sí, señor comandante, traemos nuestros papeles, dijo Velázquez, y son los que nos han de dar la vida ó la muerte. Allí están.

Designó las maletas, el guerrillero los hizo sacar, los examinó á la luz de una antorcha, vió las firmas de Ar-

teaga y Zaragoza y entonces abrió los brazos lleno de júbilo y exclamó:

—Han caído ustedes en poder de un amigo, y quizás de un salvador, porque una sección de las tropas de Berthelin ha venido siguiéndolos, y se trataba quizás de ponerles una emboscada.

—Aquí nos hemos encontrado á estos otros dos compañeros por una feliz casualidad, dijo Robles mostrando á sus amigos que estaban un poco atrás.

El comandante ordenó que se separaran los soldados que tenían rodeados á los oficiales, quedándose solos los cinco cerca de la puerta de uno de los cuartos.

Fueron presentados unos y otros al joven guerrillero y quedaron encantados tanto de sus buenas maneras como de su figura y arrogancia.

—Ahora, dijo éste, que ya saben ustedes que están entre amigos, pueden seguir descansando otras dos horas, porque tan luego como terminen su pienso los caballos tenemos que salir de este poblado en donde no hay ninguna seguridad.

—Está bien, señor comandante, volveremos á acostarnos si usted nos lo permite; pero antes quisiéramos saber el nombre de la persona que tan oportunamente nos ha llegado en auxilio, cuando estábamos completamente sin brújula.

—Mañana, es decir, más tarde, en el camino hablaremos largo. Ahora descansen ustedes, que nosotros tenemos que hacer lo mismo. Sólo voy á mandar unos exploradores que nos cuiden mientras dormimos un rato, aunque sea con un ojo. Hasta luego, señores, dijo á los oficiales dándoles cordiales apretones de mano, hasta lue-

go. Si algo necesitan, llaman á mi ordenanza Juan Pérez.

Cada uno de nuestros cuatro oficiales, al meterse otra vez en su dura cama, no dejaba de murmurar:

—Esta es una alucinación. . . . ¿no estaremos soñando? ¿De dónde diablos ha brotado ese guerrillero tan simpático en estos rumbos tan distantes, cuando no teníamos más salida ya que la de don Valentín Amador?

Y se volvieron los cuatro á dormir con la tranquilidad de las almas buenas.

